

INDIVIDUACIÓN

JULIÁN FERREYRA

Cuando el fondo sube a la superficie, cuando el sin-fondo arrasa con todas las formas con las que la representación *creía dar cuenta* de los individuos que pueblan el mundo y nuestra experiencia, se despliega un mundo de individualidades *perfectas* y *evanescentes*, hermosas y aterradoras, ante nuestros sentidos que son embestidos por el punto más extremo de nuestra sensibilidad. Forma y materia, género y especie, Yo y objeto se revelan impotentes ante este paisaje del pensamiento, que no tiene nada de *nuevo* ya que forma parte de nuestra experiencia cotidiana, como descubrimos en cuanto nos detenemos a caer en cuenta de ello.

Una estación, un invierno, un verano, una hora, una fecha, tienen una individualidad perfecta y que no carece de nada, aunque no se confunda con la de una cosa o de un sujeto [...] En Charlotte Brontë, todo se expresa en términos de viento, las cosas, las personas, los rostros, los amores, las palabras. Las “cinco de la tarde” de Lorca, cuando el amor acaba y surge el fascismo. ¡Qué terribles cinco de la tarde! Se dice: ¡qué historia! ¡qué calor! ¡qué vida!, para designar una individuación muy particular. Las horas del día en Lawrence, en Faulkner. Un grado de calor, una intensidad de blanco son individualidades perfectas.¹

Estas bellas palabras de *Mil mesetas* encuentran, como siempre, su fundamentación metafísica en *Diferencia y repetición*, y explicitan uno de los problemas que recorren el libro del '68. En efecto, la tarea del concepto de “individuación” es pensar estas individuaciones evanescentes, dar

¹ Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. J. Vázquez Pérez, Valencia, Pre-Textos, 2002, pp. 264-265.

cuenta de ellas. Cargar a la filosofía de todo lo que, bajo las viejas formas, había sido sepultado como imperceptible, impensable, inservible.

Para construir este concepto, Deleuze pone en su caja de herramientas a Gilbert Simondon, pero no sin hacerle aberrantes hijos en la espalda. Muchos han afirmado que Deleuze usa el *mismo* concepto que su apreciado colega, pero lo que ha hecho en realidad es construir un concepto totalmente nuevo con los materiales de *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*. En estas páginas, voy a poner totalmente entre paréntesis a Simondon y el trabajo en torno a las fuentes –que el grupo de investigación que edita este libro sabe valorar y emprende sin cesar– para pensar la individuación *en sí misma* en Deleuze y, siguiendo la hipótesis de trabajo de esta *Introducción en Diferencia y Repetición*, ver *hasta dónde nos lleva* en la ontología que esta obra construye.

Para esta tarea, el concepto de individuación es un candidato bien atractivo ya que, por una parte, recorre todo el libro y, por otra parte, su exposición “propia” tiene lugar en un momento clave: de alguna manera cierra el libro, lo concluye. En efecto, ocupa el último tramo del Capítulo 5, aquel dedicado a una de las dos dimensiones fundamentales de la ontología de *Diferencia y repetición*: la intensidad. La aparición de la individuación es repentina y parece establecer una cesura en ese capítulo, como si de pronto éste se volcara hacia un segundo concepto central en el cual se desdoblaría la “síntesis asimétrica de lo sensible”. Primero, entonces, la intensidad; luego la individuación. Sin embargo, esta apariencia es ilusoria. El concepto de individuación solamente *precisa* cuál es el rol de la intensidad, mostrando cómo las profundidades y las distancias del pliegue intensivo pueden llevar a los seres, en un instante, a esa forma precaria que constituye su existencia evanescente, es decir, su individuación. La individuación, así, es la máxima expresión de una de las definiciones más precisas que Deleuze da de su propia ontología: “hay una ontología, pero el sentido de la ontología no es en absoluto el de fundar los seres, sino el

de determinar la forma precaria a la cual son elevados por un instante”.²

Se trata de dar cuenta de las condiciones genéticas bajo las cuales se engendra la *experiencia real* de las individuaciones que pueblan el mundo: una estación, un invierno, un verano, una hora, una fecha, el viento, las cosas, las personas, los rostros, los amores, las palabras, una historia, un grado de calor, una vida, una intensidad de blanco, las “cinco de la tarde” de Lorca:

La muerte puso huevos en la herida
 a las cinco de la tarde.
 A las cinco de la tarde.
 A las cinco en punto de la tarde.
 Un ataúd con ruedas es la cama
 a las cinco de la tarde.
 Las heridas quemaban como soles
 a las cinco de la tarde,
 y el gentío rompía las ventanas
 a las cinco de la tarde.

² “Sólo hay seres porque hay vida y en ese movimiento fundamental que los consagra a la muerte, los seres dispersos y estables en un instante se forman, se detienen, se congelan. La experiencia de la vida se da como la ley más general de los seres... Pero esta ontología, desde entonces, devela menos lo que funda a los seres». [Deleuze está citando un pasaje de *Las palabras y las cosas* donde Foucault habla de Cuvier, y aclara, en ese sentido, que:] para Cuvier la ontología no funda a los seres. Es una expresión sumaria de la filosofía de Heidegger: la ontología devela lo que funda a los seres. «Pero esta ontología, así, no devela lo que funda a los seres, sino aquello que los lleva por un instante a su forma precaria». La cuestión no es aquí Cuvier, sino que se trata del propio pensamiento de Foucault, a saber: hay una ontología, pero el sentido de la ontología no es en absoluto el de fundar los seres, sino el de determinar la forma precaria a la cual son elevados por un instante”, clase de Deleuze sobre Foucault del 18 de marzo de 1986. Deleuze habla, ciertamente, de la ontología de Foucault, pero decimos, como dice él: no se trata aquí de Foucault, sino de su propio pensamiento, a saber: hay, *en Deleuze*, una ontología, pero el sentido de la ontología no es en absoluto el de fundar los seres, sino el de determinar la forma precaria a la cual son elevados por un instante. Este pasaje está en la edición del segundo tomo de esas clases (Deleuze, G., *El poder: cursos sobre Foucault*, tomo II, trad. P. Ires y S. Puente, Buenos Aires, Cactus, 2014, pp. 287-288), pero lo he modificado bastante, ya que la transcripción no marca con suficiente claridad la discusión que Deleuze encuentra en esos pasajes de *Las palabras y las cosas* entre Foucault y Heidegger.

A las cinco de la tarde.

¡Ay, qué terribles cinco de la tarde!

¡Eran las cinco en todos los relojes!

¡Eran las cinco en sombra de la tarde!³

Los esquemas tradicionales de la filosofía no sirven para dar cuenta de una cama que es de pronto un ataúd con ruedas o de heridas que queman como soles –ni siquiera de un gentío rompiendo las ventanas. Y sin embargo, ¿quién puede negar que García Lorca está describiendo, al pie de la letra, nuestra experiencia *real*, en su más elevada y precaria forma? La experiencia no se constituye de contracciones banales sino de constantes afecciones que llevan nuestra sensibilidad hasta aquello que sólo puede ser sentido y es, al mismo tiempo, insensible. Simplemente, nuestro sentido común las filtra constantemente, haciéndonos creer que vivimos en un mundo regular y previsible, de identidades y reconocimientos. Los poetas no han hecho otra cosa que poner de relieve el aspecto de la experiencia que desborda sin cesar ese filtro del sentido común, *el único que realmente vale la pena explicar*.

Esa cotidiana experiencia trascendental es imposible de explicar en términos de forma y materia, o de género y especie, o de Yo y objeto. Absolutamente imposible. Hace falta una dupla de conceptos totalmente novedosos. *Dupla* de conceptos, digo, porque la individuación es un concepto doble, como el doble pupitre de Bouvard y Pécuchet: campo de individuación y factores individuantes están ligados por la misma extraña roldana. Estos dos aspectos de la individuación se tienden a confundir en la exposición deleuziana, pero tienen funciones ontológicas bien distintas, como lo mostrará prístinamente su vinculación con las dos funciones de la intensidad: envolvente y envuelta.

³ Lorca, F. G., “La cogida y la muerte”, en *Obras completas I. Poesía*, Barcelona, Galaxia Gutemberg – Círculo de lectores, 1996, pp. 617-618.

Doble pupitre de la individuación, entonces: campo de individuación y factores individuantes. Empecemos por el “campo de individuación”, siguiendo la indicación de Deleuze mismo: “la diferencia individuante debe ser pensada, *en primer lugar*, en su campo de individuación”.⁴ La denominación “campo de individuación” no es muy familiar. Sin embargo, el concepto tiene otro nombre, mucho más cotidiano: “el huevo”. En efecto: Deleuze vincula el campo de individuación con el huevo tan pronto lo introduce: “la diferencia individuante deber ser pensada, en primer lugar, en su campo de individuación [...] –*en el huevo*, de cierta manera”.⁵ El campo de individuación debe ser pensado, entonces, de cierta manera, en *el huevo*. El cual, por cierto, en *Mil mesetas* se equipara al celeberrimo cuerpo sin órganos⁶ –y también a la Tierra.⁷ Es decir, todo lo que escribo aquí se aplica al cuerpo sin órganos, ayuda a precisar el sentido de un concepto cuya fama no ha ido acompañada necesariamente de comprensión. Y también, quizás, contribuya a saber quién se cree que es, después de todo, la Tierra.⁸

Si Deleuze nos dice que la individuación debe ser pensada *en primer lugar* como campo de individuación es por su vecindad extrema con el concepto de Idea, que ya ha sido expuesto por él en el capítulo precedente de *Diferencia y repetición* (Capítulo 4).⁹ Allí, en la Idea, está el motor de la máquina de la diferencia, a través del juego de los tres valores lógicos, lo indeterminado, lo determinable y la determinación, que produce relaciones diferenciales y singularidades. Desde el punto de vista de la individuación, la cuestión es: las Ideas son determinadas y perfectamente reales en lo virtual que constituyen, pero carecen de individualidad o capacidad de individuación (de allí el mantra “singularidades pre-individuales”).¹⁰

⁴ DR 373 (322).

⁵ *Ibidem*. Cf. el capítulo “Huevo”, de Sebastián Amarilla, en este mismo libro.

⁶ Deleuze, G. y Guattari, F., *Mil mesetas*, *op. cit.*, p. 290.

⁷ *Ibid.*, p. 52.

⁸ Cf. *ibid.*, p. 47.

⁹ Cf. el capítulo “Idea”, de Gonzalo Santaya, en este mismo libro.

¹⁰ DR 409 (355).

Las Ideas también son un *campo*, pero un campo *virtual*, es decir, un campo pre-individual. Como no carecen de nada, requieren de la acción de un concepto distinto de ellas para *actualizarse*. Tal es el rol del campo de individuación: “Bajo la acción de un *campo de individuación*, tales relaciones diferenciales y tales puntos notables (campo pre-individual) se actualizan”.¹¹ Hay que ser muy cautos aquí, muy cautos, ya que no se trata de un campo virtual que está allí, indiferente, y de una individuación que *vendría como de afuera* a actualizarlo. Claramente, la individuación no es exterior o trascendente al campo virtual que merced a su *acción* actualiza. Y no lo es, justamente, en virtud de la implicación, del *pliegue*, es decir, de la intensidad. El campo virtual se pliega y, al plegarse, se actualiza en un campo de individuación.

La individuación no es entonces, como se la puede sin duda pensar, un *tercer* concepto que vendría a articular Idea e intensidad, sino un *aspecto* de la intensidad misma. Los dos conceptos centrales de *Diferencia y repetición* (Idea e intensidad) se vinculan sin necesidad de un tercer concepto, es decir, sin mediación especulativa, a través del pliegue. La intensidad es el mismo campo virtual, sólo que plegado. La actualización es cinética, no trascendente. Por ese mismo motivo, no hay interioridad, sólo hay espesores y huecos (*creux*) producidos por ese mismo movimiento geológico (literalmente, ya que, como señalamos más arriba, el campo de individuación es también la Tierra). Y ese mismo movimiento de plegado permite dar cuenta del surgimiento del campo de individuación. El campo virtual se pliega y plegándose se hace –en primer lugar– *campo de individuación*, bajo cuya acción las relaciones diferenciales y las singularidades de la Idea se actualizan. Nada extrínseco. La individuación no es el demiurgo que viene a plegar lo virtual para hacer surgir la intensidad, ni una bisagra entre Idea e intensidad, sino la intensidad misma considerada como pliegue de la Idea. Esta misma interpretación debe contagiarse, *tan rápido como se pueda*, al resto de los conceptos *aparentemente bisagra* del libro: dramatización, diferenciación, dinamisimos espacio-temporales, precursor sombrío, forma pura del tiempo, etc. No son bisagras, sino topologías.

¹¹ DR 369 (318).

Pero concentrémonos en la individuación. En *primer lugar* (primer pliegue), bajo la *acción* del campo de individuación los *productos* de la máquina virtual *se actualizan*, pasan a formar parte del plano actual, *encarnándose* en especies y partes, cualidades y cantidades, Yoes y *mois*.¹² Es decir, la actualización de la Idea bajo la acción del *campo de individuación* permite dar cuenta de las generalidades de la experiencia empírica (que no son meras quimeras, meros brotes psicóticos colectivos, sino que tienen una fundamentación ontológica): una especie animal y sus partes características (por ejemplo, su sistema reproductivo) encuentran su razón en determinadas relaciones diferenciales y singularidades *encarnadas* en un campo de individuación.

Tal encarnación, actualización, como ya señalé más arriba, es efectuada por el movimiento de la implicación, el pliegue, el *envolvimiento*. Deleuze señala, en mi párrafo favorito (el que a mi entender encierra todos los secretos de *Diferencia y repetición*, y que precisamente Deleuze coloca justo a continuación de las páginas sobre la embriología, siempre en el cierre del Capítulo 5), que la implicación intensiva tiene dos funciones: la *envolvente* y la *envuelta*.

Las intensidades están implicadas unas en otras, de manera que cada una es al mismo tiempo envolvente y envuelta. Así, cada una continúa expresando la totalidad cambiante de las Ideas, el conjunto variable de las relaciones diferenciales. Pero sólo expresa *claramente* algunas, o ciertos grados de variación. Expresa claramente precisamente aquellos a los que apunta directamente cuando tiene la función *envolvente*. Sin embargo, también expresa todas las relaciones, todos los grados, todos los puntos, pero *confusamente*, en su función *envuelta* [...] Lo claro y lo confuso no son separables, como carácter lógico en la intensidad que expresa la Idea, es decir en el individuo que la piensa, de la misma manera en que lo distinto y lo oscuro no son separables en la Idea misma.¹³

¹² “Retomemos el movimiento de la Idea, inseparable de un proceso de actualización. Una Idea, una multiplicidad como la de color, por ejemplo, está constituida por la coexistencia virtual de relaciones entre elementos genéticos o diferenciales de cierto orden. Estas relaciones se actualizan en los colores cualitativamente distintos, al mismo tiempo que sus puntos notables [singularidades] se encarnan en extensiones distinguidas que corresponden con estas cualidades. Las cualidades son entonces diferenciadas [con “c”] y también las extensiones, en la medida en que representan líneas divergentes de acuerdo con las cuales se actualizan las relaciones diferenciales que sólo coexisten en la Idea”, DR 366 (315-316). “El Yo forma la especificación propiamente psíquica y el Moi, la organización psíquica”, DR 382 (330).

¹³ DR 376 (325).

La función envolvente y la envuelta son aspectos, dice Deleuze, de la forma en la cual la intensidad *expresa* la Idea. ¿Cómo la expresa? ¡Plegándola, evidentemente! En efecto, el campo de individuación remite explícitamente a la función *envolvente* de la intensidad: “*las intensidades envolventes (la profundidad) constituyen el campo de individuación*”.¹⁴ Más explícito, imposible. La profundidad (o segunda síntesis del espacio)¹⁵ constituye el campo de individuación mediante su función *envolvente*. Función envolvente que tiene un rol explícitamente asignado por Deleuze: “Expresa[r] *claramente* ciertas [relaciones diferenciales], o ciertos grados de variación. Expresa claramente precisamente a aquellos que apunta directamente cuando tiene la función *envolvente*”.¹⁶ Esta claridad de *ciertas* relaciones diferenciales o grados de variación en la intensidad envolvente contrasta con la *oscuridad* característica de las Ideas, que va acompañada por su máximo grado de distinción (es decir, de Diferencia).¹⁷

El paquete está entonces atado, y bien atado: en el campo de individuación, los elementos ideal-virtuales ceden parte de su distinción o diferenciación absoluta en favor de la actualización. Esto ocurre merced al pliegue que constituye el campo de individuación como huevo, donde *ciertas* relaciones adquieren claridad, en desmedro de otras que permanecen oscuras y confusas. Las relaciones y las singularidades dejan de *coexistir* cuando se actualizan, y se ordenan en líneas divergentes que seleccionan “*ciertos grados de variación*”.¹⁸ Sin embargo, los campos de individuación no tienen el nivel de abstracción de los géneros y las especies, donde el proceso de degradación característico de lo actual va progresivamente anulando las diferencias de origen. Para *hacerse* géneros y especies, tienen que *desplegarse, explicarse* (perdiendo así todas las diferencias que envuelven, desligándose, asemejándose, degradándose, enfriándose, en suma: muriendo).

¹⁴ DR 377 (326), énfasis agregado.

¹⁵ Cf. el capítulo “Intensidad”, de Rafael Mc Namara, en este mismo libro.

¹⁶ DR 376 (325).

¹⁷ Respecto a estas cuestiones, cf. mi contribución en el primer tomo de la colección “Deleuze: ontología práctica”: “Resplandores en la caída: sobre los pliegues intensivos del océano ideal deleuziano”, en Heffesse, S., Pachilla, P. y Schoenle, A. (eds.), *Lo que fuerza a pensar*, Buenos Aires, RAGIF Ediciones, 2019, pp. 387-396.

¹⁸ DR 376 (325).

El campo de individuación es entonces esa tierra media donde las Ideas se actualizan pero mantienen, al mismo tiempo, un profundo lazo con lo virtual. El nivel de actualización del campo de individuación-huevo es extremadamente bajo. El campo de individuación es ya una intensidad (es un “campo intensivo”),¹⁹ pero una intensidad mínima, una intensidad cero, o infinitamente próxima a cero, y por lo tanto un “espacio agitado”²⁰ que sólo puede ser habitado por larvas, es decir, individuaciones mínimas, pobres formas precarias: “las larvas llevan las Ideas en la carne [...] Están extremadamente cerca de lo virtual del cual llevan, como elección propia, las primeras actualizaciones”.²¹

Ahora bien, en sus clases sobre cine, Deleuze dice que el grado cero es “la vulgaridad de la intensidad”.²² ¿En qué sentido es *vulgar*? En que se da el *lujo* de traicionar las ambiciones del concepto de individuación: dar cuenta de las diferencias individuales, es decir, la individuación característica de un verano, una hora, el viento, los amores, las “cinco de la tarde”, un grado de calor, una intensidad de blanco, una vida. Así lo reconoce explícitamente Deleuze en *Diferencia y repetición*:

Sin embargo, no hemos avanzado en la dificultad principal. Invocamos un campo de individuación, una diferencia individuante, como condición de la especificación y de la organización. Pero ese campo de individuación no se plantea más que en general y formalmente; parece ser “el mismo” para una especie dada, y variar en intensidad de una especie a otra. Parece entonces depender de la especie y de la especificación, remitirnos una vez más a diferencias llevadas [*portées*] por el individuo, y no a las diferencias individuales. Para que esta dificultad desaparezca, sería necesario que la diferencia individuante no esté pensada solamente en un campo de individuación en general, sino que sea ella misma pensada como diferencia individual [...] Creemos que estas condiciones están plenamente satisfechas por el orden de implicación de las intensidades

¹⁹ DR 374 (323).

²⁰ DR 329 (282).

²¹ DR 330 (283).

²² Deleuze, G., *Cine II: los signos del movimiento y el tiempo*, trad. S. Puente y P. Ires, Buenos Aires, Cactus, 2011, p. 471.

[...] Se trata de saber lo que ocurre cuando las Ideas son expresadas por las intensidades o los individuos, en esta nueva dimensión que es la de la implicación.²³

El campo de individuación parece ser *el mismo* para una especie dada, y parece remitir lo individual a diferencias específicas que, como Deleuze se esmera en mostrar, no pueden dar cuenta de él. Exactamente lo mismo, en coherencia con la interpretación que propongo, dice en torno a las intensidades envolventes: “dos intensidades individuantes pueden ser las mismas abstractamente, por su expresión clara”.²⁴ Creo que este es el motivo por el cual, en un momento desconcertante de la Conclusión, donde está recorriendo los sentidos del *fundamento*, del cual la ontología deleuziana no cesa de intentar desligarse, Deleuze remite el tercer sentido del fundar al pliegue: “Fundar, en efecto, es siempre plegar, curvar, y re-curvar –organizar el *orden* de las estaciones, de los años y de los días”.²⁵ Acá está refiriéndose al primer pliegue, al del campo de individuación, que como estamos viendo es aún demasiado general. Por eso organiza “las estaciones, los años y los días” y no la individuación de “una estación, un invierno, un verano, una hora, una fecha”.

¿Cómo dar cuenta de las individuaciones entonces, y su extrema individualidad, su ser radicalmente “concreto”? A través de una “nueva dimensión” de la *implicación*, el otro *pupitre*: los *factores individuantes* y la función de la intensidad que les corresponde: la función envuelta.

¿Debemos decir al menos que todos los individuos de la misma especie tienen el mismo campo de individuación, dado que apuntan directamente a la misma relación? Claro que no, puesto que dos intensidades individuantes pueden ser las mismas abstractamente, por su expresión clara, pero no son jamás las mismas por el orden de las intensidades que envuelven o de las relaciones que expresan confusamente.²⁶

²³ DR 375-376 (324-325).

²⁴ DR 378 (326).

²⁵ DR 404 (350).

²⁶ DR 378 (326).

Los campos de individuación son pliegues, pero demasiado claros, demasiado lisos, como la superficie del huevo. Si el campo de intensidad es el primer pliegue, hace falta un segundo pliegue para que la individuación alcance sus más altas aspiraciones. Y eso es lo que efectúa la función *envuelta*. El *grado cero* de la superficie envolvente se re-plega mediante su función *envuelta*, y alcanza así su determinación, que no es otra cosa que los distintos *grados de intensidad*. El grado no es un ascenso vertical desde un suelo = 0, no es una progresión en línea recta sobre un eje, sino el resultado del curvo movimiento del pliegue y la implicación: los espesores y los ahuecamientos que van constituyendo, en el movimiento progresivo de plegado, en la *profundidad* intensiva –es decir, los campos de individuación–, las *distancias* (“la profundidad envuelve ella misma las distancias”). Por eso, si lo *envolvente* no era una exterioridad, lo *envuelto* no es tampoco una interioridad, sino una variación topológica, el resultado de un movimiento, de un ondular del campo de individuación.

Los factores individuantes arrancan a los campos de individuación del grado cero, los arrancan de la vulgaridad llevándolos *hacia* los infinitos *grados* de intensidad que pueblan el mundo. La profundidad no es un espacio vacío a ser llenado, sino que está constituida por los espesores y ahuecamientos que, en el plegado de los campos virtuales, *pueblan* los campos de individuación (tan indeterminados aún) de diferencias individuales: las distancias. La cuestión es ahora, ¿cómo los pueblan? ¿Cómo dar cuenta de la génesis del poblamiento?

De acuerdo a su alianza con la función *envuelta* de la intensidad, los factores individuantes implican una confusión, es decir, una fusión de las distinciones características de la Idea (*confusión* no es pérdida de esas diferencias, como sí lo es la explicación, ya que “expresa *todas las relaciones, todos los grados, todos los puntos*”,²⁷ es decir, todas las Ideas). Es muy curioso, extremadamente curioso, que el hecho de expresar *todas* las ideas sea la diferencia individual que resuelve el déficit del campo de individuación (ser demasiado general y formal), cuando el campo de individuación parecería más particular, en tanto expresa sólo *algunas* relaciones y algunas

²⁷ DR 376 (325), énfasis agregado.

singularidades en forma clara. Es decir, el campo de individuación es más selectivo respecto a las Ideas, y sin embargo más general, mientras que el factor individual logra ser más individual, a pesar de ser más abarcativo y expresar *todas* las Ideas.

La solución a esta paradoja es la noción de *orden*. Dice Deleuze: “creemos que estas condiciones están plenamente satisfechas por el orden de implicación de las intensidades”;²⁸ y también, apenas dos páginas más adelante: “[dos intensidades individuantes] no son nunca las mismas por el orden de intensidades que envuelven”.²⁹ Lo individual es cierto *orden* determinado de Ideas, transforma la pura diferencia en “diferencias ordenadas” (lo que equivale a “distancias implicadas”).³⁰ La confusión característica de lo envuelto *ordena* las Ideas y, al ordenarlas, las hace individuales (todo esto está vinculado con la prioridad de los números *ordinales* sobre los cardinales, que serían el número de la unidad idéntica).³¹ Siempre *dentro* de cierto campo de individuación, sin escindirse de su aspecto envolvente y de las Ideas que expresa claramente en tanto tal. Evidentemente, no es el orden extensivo (el buen sentido, la entropía).³² Tampoco es el orden del primer pliegue, del campo de individuación, que organizaba el orden general de las estaciones, los años y los días y, al hacerlo, remitía al tercer sentido del fundamento, de acuerdo a la clasificación de los sentidos del *fundar* en la Conclusión.³³ Es un orden intensivo que determina el grado de intensidad característico de cada individuación de acuerdo a la forma de su pliegue.

²⁸ DR 375 (324).

²⁹ DR 378 (326).

³⁰ “Las distancias implicadas en la profundidad de un *spatium* intensivo (diferencias ordenadas)”, DR 348 (300).

³¹ *Ibidem*.

³² Cf. DR 378 (326).

³³ Cf. DR 402 (350).

Había señalado, al principio de estas páginas, que el sentido de la ontología deleuziana “no es en absoluto el de fundar los seres, sino el de determinar la forma precaria a la cual son elevados por un instante”. El orden intensivo es esa forma que, más allá del primer pliegue que es aún fundamento, eleva por un instante a los seres a las formas precarias de los segundos pliegues y, al hacerlo, les da su individualidad, y es por tanto en sentido estricto *individuación*. Por ello los factores individuantes (la función envuelta de la intensidad) son “el principio transcendental, como principio plástico, anárquico y nómada”.³⁴ Anárquico porque no *fundar*, porque no pretende fundar los seres, pero principio transcendental porque *los engendra* (los arrastra, los lleva [*les porte*]) hacia la forma precaria que los caracterizará por un instante.

Las reflexiones sobre el fundamento que Deleuze realiza en la Conclusión, donde la cuestión de los tres modos de *fundar* la representación se resuelve en el sin-fondo, no impugnan la función envuelta de la intensidad y el rol genético de los factores individuantes. Después de todo, el sin-fondo nos lleva a la tercera síntesis del tiempo y el eterno retorno nietzscheano que deshace aquellos órdenes del fundamento pero nos introduce en el *orden del tiempo*, que no es otra cosa que el orden que la función envuelta de la intensidad introduce en las Ideas que envuelve.

La referencia a Nietzsche nos permite encuadrar, para concluir, los movimientos que hemos recorrido en estas páginas en el esquema de despliegue, pliegue y sobre-pliegue que Deleuze plantea para pensar *Las palabras y las cosas* de Foucault en sus clases del año ‘86. La representación orgánica se caracteriza por la exigencia de *desplegarlo y explicarlo todo*, característica de la época clásica foucaultiana y el reinado de la forma-Dios.³⁵ El campo de individuación o primer pliegue remite por su parte a la hegemonía de la forma-Hombre. Si hay algo terrible de la forma-Hombre, es su plegado sobre la finitud y la muerte: “la forma-hombre sólo se delimitaba en la medida en que en ella estaba la muerte”.³⁶ Su

³⁴ DR 76 (56).

³⁵ Deleuze, G., *El poder...*, op. cit., p. 279. En *Diferencia y repetición*, la representación orgánica está explícitamente vinculada con la *episteme* clásica de Foucault (DR 389 [337]).

³⁶ Deleuze, G., *El poder...*, op. cit., p. 273.

vinculación con el campo de la intensidad puede observarse en las continuas referencias al carácter tanático del cuerpo sin órganos. Esa muerte sobre la que se pliega el primer pliegue es la muerte que no cesa de llegar: en otros términos, la segunda muerte de Blanchot, la muerte impersonal – estando la primera muerte reservada a la representación clásica y el despliegue, la muerte como límite–. Esta interpretación derriba toda concepción romántica de esa segunda muerte. La forma-Hombre identifica el sin-fondo y la muerte. Hace así de la muerte y del sin-fondo un fundamento. Tal es su estupidez más radical. La estupidez propiamente humana.

El auténtico sin fondo, el eterno retorno, muestra, en cambio, que el sin-fondo es la clave de un hombre que ya no encuentra su verdad en alguna forma de la muerte, sino en la comunicación, en la alianza con lo que lo excede: “cargado de la humanidad, de los animales y las rocas”.³⁷ El ultrahombre. Ya no despliegue ni pliegue, sino sobre-pliegue.

Estamos hechos de todas estas profundidades y distancias, de estas almas intensivas que se desenvuelven y se re-envuelven. Llamamos factores individuantes al conjunto de esas intensidades envolventes y envueltas, de estas diferencias individuantes e individuales, que no dejan de penetrar unas en otras a través de los campos de individuación.³⁸

Estamos hechos de las distancias envueltas que producen los factores individuantes y que son las “diferencias individuales” que llenan el campo de individuación, pero también de las profundidades, de los campos intensivos que esas distancias recorren. El pliegue no es un círculo, ni una esfera. No cierra sobre sí mismo, en la medida en que los factores individuantes atraviesan los campos de individuación, *haciendo penetrar las intensidades unas en otras*. Asegurar la comunicación universal: tal es el rol de los factores individuantes, y de todos sus conceptos

³⁷ Rimbaud, A., “Cartas del vidente”, en *Iluminaciones: seguidas de Cartas al vidente*, Madrid, Hipérior, 1995, p. 120. Citado en DR 116 (93).

³⁸ DR 379 (327).

correlativos en *Diferencia y repetición*, es decir, los que están ligados al eterno retorno: la tercera síntesis del tiempo, la forma pura del tiempo, lo determinable, etc. En esa comunicación universal, en el *orden* precario que esa comunicación adquiere en este instante, está la clave de nuestra individuación, del viento, las cosas, las personas, los rostros, los amores, las palabras, las “cinco de la tarde” que somos.